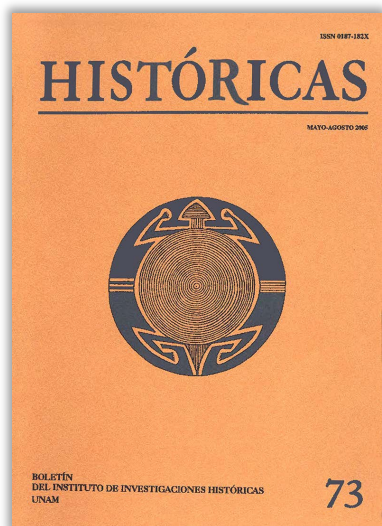




Revista: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas

Año: 2005

Número: 73

ISSN edición impresa: 0187-182X [Versión impresa]

ISBN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas, 73 (2005). <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3501>

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

HISTÓRICAS

MAYO-AGOSTO 2005



BOLETÍN
DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
UNAM

73

Virginia Guedea
Directora

Alonso González Cano
Coordinador de cómputo

Amaya Garritz
Secretaria académica

María Luisa Flores
Secretaria técnica

Javier Manríquez
Jefe de publicaciones

Virginia Medina
Secretaria administrativa

Esther Arnaiz Amigo
Coordinadora de biblioteca

Ramón Luna Soto
Asesor editorial

Investigadores

Claudia Agostoni, Berenice Alcántara Rojas, Alfredo Ávila Rueda, Johanna Broda, Rosa de Lourdes Camelo, Víctor M. Castillo Farreras, Felipe Castro, José E. Covarrubias, Rodrigo Díaz Maldonado, María José García Quintana, Amaya Garritz, Virginia Guedea, Patrick Johansson K., Miguel León-Portilla, Victoria Lerner Sigal, Janet Long Towell, Martha Loyo, Teresa Lozano, Leonor Ludlow, Pilar Martínez López-Cano, Carlos Martínez Marín, Álvaro Matute, Alicia Mayer, Ivonne Mijares Ramírez, José Luis Mirafuentes, Sergio Miranda Pacheco, Josefina Muriel, Federico Navarrete, Sergio Ortega Noriega, Guilhem Olivier, Patricia Osante, Miguel Pastrana, Enrique Plasencia, Ignacio del Río, J. Rubén Romero Galván, Javier Sanchiz, Elisa Speckman, Marcela Terrazas, Ernesto de la Torre Villar, Evelia Trejo, Carmen Vázquez M., Silvestre Villegas Revueltas, Gisela von Wobeser, Carmen Yuste

Técnicos académicos

Rosalba Alcaraz Cienfuegos, Esther Arnaiz Amigo, Fernando Betancourt M., Cristina Carbó, Katia M. Cortés, Rosalba Cruz, Alfredo Domínguez Pérez, Carmen Fragano, Alonso González Cano, Miriam Izquierdo, Roselia López Soria, Javier Manríquez, María Teresa Mondragón Reyes, Salvador Reyes Equiguas, María Luisa Reyes Pozos, Ricardo Sánchez Flores, Juan Domingo Vidargas del Moral

HISTÓRICAS

Virginia Guedea
Directora

Miguel Pastrana
Editor

Rosalba Alcaraz
Secretaria de redacción

Comité editorial
Johanna Broda
Rosa de Lourdes Camelo
Janet Long Towell
Martha Loyo
Teresa Lozano
Carlos Martínez Marín
Álvaro Matute
José Luis Mirafuentes
Elisa Speckman
Ernesto de la Torre Villar

Portada e ilustraciones: Miguel Covarrubias, *El águila, el jaguar y la serpiente. Arte indígena americano. América del Norte: Alaska, Canadá, los Estados Unidos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Publicaciones, 1961, 328-xii p. Para cualquier asunto relacionado con *Históricas*, favor de dirigirse a: Dra. Virginia Guedea/Dr. Miguel Pastrana, Instituto de Investigaciones Históricas, Circuito Maestro Mario de la Cueva, Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F. Teléfono y fax: 5665-0070. Página electrónica <www.iih.unam.mx>. Composición electrónica: Sigma Servicios Editoriales, en tipo Goudy OLS BT de 11:12, 10:11 y 9:10. Impresión: Hemes Impresores. Tiraje: 500 ejemplares. Portada: Carmen Fragano Ríos. Edición al cuidado de Rosalba Alcaraz.

HISTÓRICAS 73

BOLETÍN DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM. MAYO-AGOSTO 2005. ISSN 0187-182X

CONTENIDO

ENSAYOS

- Mi generación. Visión a distancia
Ernesto de la Torre Villar 2

ARTÍCULOS

- La influencia de Humboldt en el pensamiento lingüístico
contemporáneo
Pilar Máynez 7

NOTICIAS

- Donación 16
Eventos 16
Premios y distinciones 17

PUBLICACIONES

- Presentación de libros
- Miguel Pastrana Flores, *Historias de la Conquista. Aspectos
de la historiografía de tradición náhuatl*
Rodrigo Díaz Maldonado 18
- Gabriel Torres Puga, *Los últimos años de la Inquisición
en la Nueva España*
Alfredo Ávila 21
- María Cristina González Ortiz, *Juan A. Ortega y Medina entre
Andrenios y Robinsones*
Alicia Mayer González 25
- Novedades editoriales 32

○ ENSAYOS

Mi generación. Visión a distancia

Ernesto de la Torre Villar

Escritor hipercrítico, no con muchos conocimientos del desarrollo cultural de México, admirado por la influencia cultural del pensamiento francés, más en concreto por la generación de los *Annales*, escribió hace poco tiempo que el gran maestro Fernand Braudel había escrito que los mexicanos que fuimos sus alumnos habíamos ido a París a oírlo.

Como mala interpretación esa afirmación puede pasar, mas no revela ni el estado del saber histórico universal ni la preparación intelectual que poseíamos los becarios que nos incorporábamos en los años cuarenta a los planteles universitarios europeos, por entonces sólo accesibles los de España, Francia y algunos británicos.

A Francia acudimos abundantemente para estudiar derecho, historia, antropología, arquitectura, ingeniería y otras disciplinas. En el campo de la historia los adelantados fuimos Pablo González Casanova, Fernando Sandoval, Luis González y yo. Más tarde llegarían Gonzalo Obregón, Luis Villoro, Francisco López Cámara, Antonio Alatorre y otros colegas más.

Todos habíamos surgido de la UNAM y de El Colegio de México que eran, junto con el Instituto Politécnico Nacional, los pivotes de la educación mexicana. El país vivía en paz y un desarrollo excepcional. La economía y la demografía habían mejorado y las instituciones madurado con el acierto de sus dirigentes, así como con los contactos con el exterior que habían sido oportunos y fructíferos. El país crecía y se desarrollaba con firmeza. A las obras materiales impulsadas por los presidentes Calles y Cárdenas seguía el intento de una administración honesta, eficaz, la cual se puso en manos de la elite universitaria más competente. Se fundieron secretarías de Estado, desaparecieron y aparecieron otras más. Se creó la Ciudad Universitaria, que transformaría no sólo a la ciudad de México sino a todo el país. Por las guerras, llegaron en parvada esplendente sabios europeos y americanos. Varios cientos de ellos enriquecieron nuestras aulas, laboratorios y centros de estudio, como El Colegio de México que propició cambios fundamentales en la cultura, en la educación, en la transmisión del pensamiento moderno.

La Universidad ganó tanto más, pues a sus numerosas escuelas y facultades se sumaron maestros de gran calidad científica, humanista y sobre todo humana. En El Colegio contamos con Agustín Millares Carlo, Francisco

Barnés, José Carner, David García Baca, José Medina Echeverría, Juan Roura Parella, José Gaos, Concepción Muedra, José Miranda y muchos más, de los que aprendimos filosofía, sociología, literatura clásica y moderna, filología, arte y muchas otras formas del saber.

Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, quienes tripulaban con diestra inteligencia esa enorme embarcación, también nos condujeron por el saber sajón, práctico e inmensamente útil. Los cursos que nos impartieron Arthur Whitaker, Bert James Loewenberg, Earl Hamilton, Robert Smith, Max Savelle, más los de Mariano Picón Salas, Rómulo Gallegos, Arturo Ardao, así como los de los galos Paul Rivet y Jacques Soustelle, el germano Paul Kirchhoff y otros igualmente afamados nos habían abierto los ojos a enorme cúmulo de ideas modernas.

En nuestro recorrido profesional pudimos conocer los esfuerzos que realizaba el grupo selecto de maestros laboriosos y entusiastas. El núcleo que desde California trabajaba en temas económicos, demográficos y estadísticos, encabezado por Glenbourne Cook, Lesley Byrd Simpson y Woodrow Borah, provocó grandes cambios en nuestras concepciones históricas. Lo mismo ocurrió con los postulados surgidos de la economía que trataban de imponer sobre todo otro razonamiento, como fue el análisis y estudio de los precios. No se puede desdeñar la presencia de las teorías marxistas que influían por igual en maestros y alumnos de las universidades, institutos y colegios.

Bajo las ideas procedentes de estos grupos vivimos los historiadores de esos años. Así como llegaron esas tendencias, muchas desaparecieron. Sólo las de raíz político-social han prevalecido un poco más.

Esa variada riqueza intelectual no la habíamos desperdiciado. Varios de nosotros procedíamos de las facultades de Jurisprudencia y Filosofía y Letras, y también estuvimos en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, recién creada y con excelente plantel de profesores, como Gilberto Loyo, Miguel Othón de Mendizábal, Ignacio Marquina, Eduardo Noguera, Wigberto Jiménez Moreno, Roberto Weitlaner y Johanna Faulhaber.

Cuando partimos a Europa, en mi caso en 1948, tuve la oportunidad de inscribirme en la Sorbonne y en la Escuela de Altos Estudios que ostentaban rica paleta de cursos a llevar. Maestros como Paul Renouvin, Henri Sée, Ernest Labrousse, Irénée Marrou y muchos más dificultaban la selección obligatoria. Altos estudios con sus especialidades en lingüísticas afroorientales, religiones semíticas, economías del mundo árabe e historia moderna constituían enormes y sugerentes atractivos, pero muy lejanos a nuestros intereses. Espacio sobresaliente lo componía el Colegio de Francia en el que figuraban Lucien Febvre, Marcel Bataillon y más tarde Claude Lévi-Strauss.

La proximidad de esos planteles nos permitía asistir a los cursos magistrales que impartía en la Escuela Normal Robert Ricard, quien dejó, a más

de obras incomparables como *La conquista espiritual de México*, hondos estudios acerca de Sor Juana.

El mundo intelectual era espeso, nutrido; magníficos los maestros, las bibliotecas bien surtidas, y los archivos abiertos a toda investigación.

En el año de 1950 se celebró en París un Congreso Internacional de Ciencias Históricas. La estrella de ese evento fue el británico Arnold Toynbee, quien había despertado la inquietud del mundo histórico con su célebre texto. Habló en la Sorbonne causando gran expectación. Rodeado de los más reputados historiadores del mundo, el profesor Toynbee resumió su pensamiento claro, brillante, bastante convincente. Su obra se convertiría en el vademécum de todo historiador. Sus ideas dejaron muy lejos de nosotros las teorías históricas encontradas en los textos de Oswald Spengler y que tanto habíamos discutido en México.

Ese mismo año de 1950 ocurrió en Europa un acontecimiento trascendental, la apertura del Año Santo en Roma. Acudimos mi esposa y yo, halando en comodísima *carrozzina* a nuestro hijo de meses, Miguel. Nos alojaron en precioso y amplio apartamento frontero al Castillo de Sant'Angelo, con bello jardincito lleno de frescor. Por la Via della Conciliazione, recientemente inaugurada, llegábamos rápido al Vaticano. Visitamos sus galerías, bibliotecas, capillas y jardines, pues encontramos cordial asistencia. Asistimos a las funciones pontificias y admiramos la figura y espiritualidad excepcional de Pío XII, pontífice santo, sabio y prudente. Conocimos la ciudad clásica y, luego de visitar Florencia y Asís, partimos a España. Perverso amigo me acusó de ser "elemento revolucionario". Estuve bajo vigilancia policiaca, y luego de bautizar a Miguel en la catedral de Toledo por influencia de fray Lino, partimos vía Carcassone y Lourdes a París. Ahí reanudamos vida y trabajo. Esperanza, mi esposa, y Miguel partieron más tarde en atractivo y potente mercante holandés a México. En el mismo navío embarcaría yo hacia Veracruz un año después, luego de detenernos en La Guaira y La Habana. Establecidos en México, modestamente reiniciamos la vida familiar y nuestras tareas universitarias. Éste fue un paréntesis en nuestra vida cordial, sana y laboriosa, de la que disfrutamos durante cincuenta años.

Otros acontecimientos nos infundían entusiasmo por las nuevas ideas. Albert Camus y Jean Paul Sartre figuraban como los escritores más salientes; Honneger y Hindemith nos revelaban nuevas formas musicales, Picasso y Matisse fijaban las pautas del arte moderno.

Voces que escuchar, ideas que discutir bullían por la Europa de los años cuarenta y cincuenta. La tropa estudiantil era bizarra, entusiasta y llena de ardor. Se asistía a cines y teatros para gozar de los éxitos de Jean Luis Barrault, los de la Comedia Francesa, las operetas en las que se lucía como cantante Ives Montand y los teatros en los que cantaban Edith Piaf y Juliette Greco.

En ese ambiente escuchábamos con respeto a enseñantes talentosos, leíamos sin parar y enriquecíamos nuestra mente con excelentes y nuevas inter-

pretaciones. Fernando Braudel mostraba sistemas de trabajo casi inconcebibles e introducía a los estudiantes en ambientes universales que desconocíamos y que nos dejaban prendidos en recia disciplina historiográfica. Italianos, portugueses, brasileños, norteamericanos, mexicanos, españoles formábamos su curso general; comentábamos entusiastamente los capítulos que iban formando su obra maestra, *El Mediterráneo en la época de Felipe II*. Trigo, sal, vino, bacalao, maíz, los grandes frutos de consumo. Junto a ellos los navíos, los comerciantes, el surgimiento del crédito, las ferias y rutas comerciales. Todo un mundo en movimiento en el que no faltaba nada. Formas de colonización, teorías filosóficas y jurídicas, sistemas económicos, todo ello aprendíamos y discutíamos sin empecinarnos en imponer una teoría o sistema. Miles de fichas servían de sustento a las discusiones y nos daban la oportunidad de estimar todo un proceso histórico amplio y rico, y la forma genial de construir a través de ardua labor historiográfica obra magna de historia universal.

Cercanos como estábamos de España, pudimos releer las recias obras de Ramón Carande, de Jiménez Fernández, seguir de cerca las jugosas polémicas entre Américo Castro y Sánchez Albornoz, y ver aparecer poco a poco la genial obra sobre las culturas indígenas de José Alcina y los estudios que acerca del México moderno elaboraba Jaime Delgado. Observamos con interés el nacimiento del Opus Dei y la consolidación del régimen de Franco, el que únicamente respetaba a Ortega y Gasset y a su grupo. Por entonces brotaron músicos geniales como Joaquín Rodrigo, Victoria de los Ángeles y Montserrat Caballé. Había desaparecido la pléyade mayor de Albéniz, Falla, Turina, Granados. García Lorca despuntaba poco antes de su trágica muerte que nos conmovió hondamente.

El existencialismo incubó firmemente en el pensamiento de nuestros jóvenes filósofos y la aparición de los tratados de Kierkegaard y de Heidegger dieron pábulo a construcciones positivas. El mundo en un ambiente propicio a la libertad se manifestaba en sus mejores representantes. Cuatro años estuvimos en los laboratorios más abiertos e inteligentes del pensamiento. Escuchamos, vimos e intervinimos en ese cambio. Fuertes asociaciones estudiantiles atraían a cientos de estudiantes de toda edad y tendencia. Eran fuertes, serias, de gran consistencia, y su actividad eficaz, de alto nivel. Servían para ofrecernos un aspecto de la vida estudiantil poco común en nuestras latitudes. Las animaba el gran impulsor Emmanuel Monnier.

Uno más de los grandes atractivos europeos lo representaban los museos; los de París eran extraordinarios y en los años que vivimos ahí ya estaban reorganizados o por reorganizarse. El Louvre era el más saliente; esplendoroso, revela en los altos niveles la vocación artística de la humanidad, sus grandes logros: Egipto, Mesopotamia, el Mediterráneo apuntalado por Grecia y Roma. Actitudes guerreras medievales se dan la mano con el elevado y exquisito arte de los palacios y las catedrales. Pintura, escultura, artes industriales nos llevan por los senderos de técnicas, gustos, materiales.

A poco caminar se penetra en la Orangerie, en el Jeu de Pomme, en el pequeño y el Gran Trianon, en el Musée de l'Homme, el de la Marina, y a un lado deslumbra el Guimet con sus tesoros orientales. La ciudad entera es un museo que hay que recorrer con mirada inteligente y pasos firmes. Un ambiente que avanzaba hacia la modernidad en todas las manifestaciones humanas era el existente en los inicios del medio siglo, cuando tuvimos que volver a nuestra patria, todavía en las grandes embarcaciones que no se resistían a dejar el sitio a las naves aéreas.

En México había que buscar ahora sitio para el trabajo, para que lo aprendido y realizado en Europa fructificara. La Universidad Nacional, El Colegio de México, el Instituto de Antropología, nos recibieron amigablemente. La Ciudad Universitaria sustituía poco a poco a las viejas instalaciones.

El esplendoroso Museo de Antropología y Arqueología abría sus puertas, se reorganizaban los archivos, sobre todo el General de la Nación y las bibliotecas se multiplicaban y ordenaban. Bajo esas perspectivas tuvimos que regular nuestras vidas. Instituciones añosas, como la Facultad de Filosofía y Letras, la Escuela Normal Superior, la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales, la de Antropología e Historia, fueron nuestros paraderos, en donde pudimos introducir métodos y concepciones adquiridos durante nuestra estancia en el exterior. El Colegio de México se expandía, y expandía el saber de sus prestigiados maestros, crecían sus centros y por todo el país se sentía la renovación ideológica que ellas y varias centenas de estudiantes habían obtenido en Europa, y que por entonces servían de fermento al desarrollo del país.

Lo que se podía obtener en el viejo y siempre nuevo mundo europeo era inconmensurable. No era la voz clara y penetrante y las enseñanzas recias y hondas de sus investigadores, entre otros Fernand Braudel, sino el torrente clamoroso de la transmisión del pensamiento en los medios académicos, universitarios, que vibraban concibiendo y transmitiendo ideas geniales a miles de estudiantes procedentes de todas las regiones del planeta. Esto fue lo que fuimos a escuchar en el ámbito de la cultura, en los inigualables centros de cultura europeos.

Mi generación, la que acudió a Europa al final de la segunda guerra mundial, ansiosa de ideas y cambios, constituida por médicos, ingenieros, juristas, antropólogos, filósofos, historiadores y artistas, fue una generación sobresaliente que impulsó a otras posteriores para acudir a centros de renovación social e ideológica en los que, guiados por maestros de sobrada experiencia, se formarían dentro de seculares y severos métodos de enseñanza, en un ambiente de libertad y de honda solidaridad social.□

En meditativo aniversario.

24 de abril de 2005

○ ARTÍCULOS

La influencia de Humboldt en el pensamiento lingüístico contemporáneo

Pilar Máñez

Facultad de Estudios Superiores Acatlán, UNAM

Es un hecho que en la ciencia del lenguaje —como en otras tantas disciplinas— existen algunos temas que son recurrentes a lo largo del tiempo. Desafortunadamente los manuales de historia de la lingüística están estructurados de manera tan compartimentada que no se puede visualizar la forma en que éstos se generan y se van modificando y enriqueciendo sucesivamente. Aunque, en ocasiones, la historiografía apuntala, por ejemplo, el origen de una determinada intuición que, al paso de los siglos y después de sucesivas y cada vez más acabadas reflexiones, se convierten en una teoría, así como la influencia que ciertos pensadores han ejercido sobre otros, lo cierto es que no se ha logrado conformar un tratado en que se desarrolle articuladamente la exposición de los grandes tópicos del pensamiento lingüístico.¹

En esta exposición intentaremos, dentro de los límites que nos sea posible, mostrar la influencia de uno de los más notables estudiosos del lenguaje de todos los tiempos, en algunas corrientes contemporáneas: Wilhelm von Humboldt. Fue el barón de Humboldt (1767-1835) político y diplomático importante; en 1819, a la edad de 48 años, se desvincula definitivamente de sus diversas actividades en este ámbito, entre las que sobresalieron su desempeño como ministro y consejero del de Prusia; también figuró como miembro activo en el terreno académico, pues fundó la Universidad de Berlín y logró que uno de los más connotados pioneros de la lingüística histórica y comparada, Franz Bopp, impartiera clase en ese recinto. Además de su incursión en el campo de la lingüística, Humboldt se destacó por su vasta cultura humanística, como se puede apreciar a través de las variadas referencias en sus investigaciones a autores de distintas disciplinas. Así, en su obra póstuma titulada *Introducción a la obra sobre el kavi (o lengua de la isla de Java)*, el autor alemán cita a grandes recolectores de material lingüístico e ilustres comparatistas como Adelung, Hervás y

¹ Dice Jesús Tusón que eso requeriría un equipo de investigadores que se encargara de ello. *Aproximación a la historia de la lingüística*, Barcelona, Teide, 1982, p. 1-3.

Panduro, Bopp y Grimm, pero también a filósofos como Leibniz, Kant y Hegel,² y a poetas y dramaturgos románticos como Goethe y Schiller.

Wilhelm von Humboldt participó en la eclosión lingüística instaurada por el comparatismo; aunque Dante Alighieri había identificado ya en su *Tratado de la lengua vulgar* las relaciones existentes entre algunas lenguas romances a través de las correspondencias advertidas en los vocablos que él consideraba más significativos, fue en el siglo XIX cuando en Alemania se comenzó a trabajar rigurosamente en las relaciones de parentesco genético y tipológico entre los distintos idiomas.

Inspirados en las teorías más avanzadas de la época, como los aportes logrados por el evolucionismo y la anatomía comparada, los lingüistas alemanes se dedicaron a confrontar sonidos y ciertas estructuras verbales de lenguas que procedían de un mismo protolenguaje, con la quimérica esperanza de reconstruir un supuesto estado primitivo. Pero mientras Bopp y Grimm se abocaban a la comparación de idiomas procedentes del hipotético indoeuropeo —como el sánscrito, el persa, el griego, el gótico, el latín y el antiguo alto alemán—,³ Humboldt se aventuró a internarse también en lenguas de distinta procedencia lingüística como el malayo, el tagalo, el cheroke y el quechua.⁴ Esta incursión por algunos idiomas de Asia y América le permitió tener una visión más amplia de la distinta conformación y estructura de los sistemas, lo que le hizo posible inferir sus peculiaridades y convertirse así en precursor de la tipología lingüística moderna.⁵

La división tripartita de las lenguas establecida por Humboldt partía de la consideración de que todas ellas poseen recursos para expresar las relaciones gramaticales (persona, tiempo, caso, etcétera), pero no todas tienen *formas* que las manifiesten. Distinguió las lenguas aislantes como el chino —cuyas palabras tienden a ser invariables y en las que no se puede diferenciar, por tanto, el radical de sus demás elementos gramaticales; dependen

² Respecto a la influencia de este pensador en el diplomático alemán, consúltese E. Cassirer, "Los elementos kantianos en la filosofía del lenguaje de Wilhelm von Humboldt", en *Lecturas de lingüísticas*, editado por Alonso Cortés, Madrid, Cátedra, 1989, p. 97-130. Por otro lado, para Alonso Cortés, Humboldt sigue a Kant y a Hegel en considerar que la lengua es un sistema de combinaciones de elementos de infinitas formas, p. 33.

³ Bopp también se inició en el estudio de lenguas pertenecientes a otros protolenguajes, como la árabe y el hebreo, del tronco semicamítico y cusita.

⁴ Jesús Tusón comenta que en su obra póstuma, conocida como *Introducción a la obra sobre el kavi (o lengua de la isla de Java)*, Humboldt se refiere a más de treinta lenguas como el persa, el zendá, el prácrito, el vasco, etcétera.

⁵ Friedrich Schlegel sostenía en su libro *Über die Sprache und Weisheit der Inder*, publicado en 1808, que "la relación del sánscrito con las otras lenguas" esclarecerá la estructura interna de las lenguas. Por otra parte, Wilhelm Schlegel decía en su *Observations sur la langue et la littérature provençaux* que las lenguas se dividen en tres clases: las que no tienen estructura gramatical, las lenguas que se valen de afijos y las lenguas con inflexiones. En Maurice Leroy, *Las grandes corrientes de la lingüística*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, p. 34.

casi exclusivamente del ordenamiento de las palabras y de la entonación para expresarse—⁶ de las lenguas aglutinantes, como el turco y el vasco, que requieren de la adición de afijos a un radical para indicar cada una de las relaciones que contraen, lo que produce una cadena de morfemas autónomos que conservan su propio significado. Por último, las flexivas siguen un proceso morfológico que consiste en dotar a las raíces verbales y nominales de afijos o desinencias que expresan caso, género, número y persona. Más tarde introdujo un cuarto grupo, las incorporantes, entre las que consideró a la mexicana; en éstas, como indica Eréndira Nansen, todo gira alrededor del verbo como elemento medular de la expresión.⁷

Ahora bien, la conformación de cada uno de los idiomas, según el filólogo alemán, estaba estrechamente vinculada con la mentalidad propia de la nación a la que los hablantes pertenecieran; no olvidemos que durante el Romanticismo, época en la que Humboldt concibió su obra, gozaron de gran preponderancia todas las manifestaciones emanadas del pueblo y, la lengua, por supuesto, era su expresión más viva y completa.⁸ Al respecto consideraba que: “La lengua es el espíritu de los pueblos y el espíritu de los pueblos es la lengua”; además tampoco hay que olvidar la deuda intelectual de nuestro autor con Herder, quien a finales del siglo XVIII había advertido la estrecha interdependencia entre lenguaje, pensamiento y cultura, y así expresaba que “la mayoría de las veces pensamos con la lengua, en la lengua y, a menudo, según la lengua”;⁹ de este modo, la producción del lenguaje constituye una necesidad emanada de las potencialidades inherentes al hombre y, por supuesto, a la cultura de la que procede.

Pero para Humboldt, los medios adoptados por las lenguas flexivas en su organización interna eran los más adecuados; en consonancia con la perfección atribuida al sánscrito por los lingüistas históricos y comparados debido a su peculiar conformación y a la riqueza de su léxico, así como por su proxi-

⁶ Las lenguas aislantes eran vistas por Humboldt como las más imperfectas precisamente porque no indican las relaciones gramaticales a través de afijos. Véase Roy Harris y Talbot J. Taylor, *Landmarks in linguistics thought. The western tradition from Socrates to Saussure*, London/New York, Routledge, 1989, p. 164.

⁷ Eréndira Nansen Díaz, “Las lenguas americanas y la teoría del tipo lingüístico en Wilhelm von Humboldt”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, v. 22, p. 227.

⁸ El Romanticismo se puede definir como el conjunto de movimientos intelectuales y artísticos que, desde fines del siglo XVII, hicieron prevalecer los principios de libertad y de subjetividad contra el racionalismo filosófico. La generación romántica es la generación de las ilusiones perdidas que concede gran importancia a la expresión estética especialmente al lirismo y al drama. El Romanticismo hizo hincapié en la singularidad, sintió una especial inclinación hacia lo sobrenatural y la nostalgia del pasado. Para mayor referencia, véase H. G. Schenk, *El espíritu de los románticos europeos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.

⁹ Citado por Jesús Tusón, *op. cit.*, p. 106.

midad temporal con el hipotético indoeuropeo, Humboldt no dudó en considerarlo la manifestación lingüística más acabada, por "la operación especial que sigue la mente, donde convierte al concepto en una categoría particular del pensamiento o del discurso y donde el significado completo de la palabra es el proceso simultáneo de esa expresión conceptual y de esta clave modificadora". Para él, una lengua flexiva correspondía a "una nación de inteligencia viva o de pensamiento profundo".¹⁰

No obstante, este grado mayor de desarrollo que advertía Humboldt en las características intrínsecas de los idiomas flexivos debe explicarse en el contexto en que se genera; no olvidemos la evidente influencia del evolucionismo científico sobre el pensamiento lingüístico decimonónico, que hacía hincapié en el mayor o menor desarrollo de ciertas especies animales. Al referirse a la preferencia de las lenguas hacia determinadas estructuras en detrimento de otras, las cuales manifestaban su particular forma de aprehender y comprender el universo, el barón de Humboldt, es cierto, se inclinó señaladamente por una de ellas debido a su supuesto desarrollo y perfección. A esto se le conoció como "teoría racial" que quedó explicada en los siguientes términos: existe algo mental, algo espiritual y algo orgánicamente diferente en las distintas naciones (pueblos y razas) que les permite expresarse creativamente de la manera que lo hacen; de esta forma Humboldt establecía, según Roy Harris, un determinismo racial¹¹ que se veía reflejado en los componentes que conformaban los diferentes idiomas.

Por otra parte, también la concepción del lenguaje como fuerza permanentemente activa que de manera constante se reactualiza en cada emisión y con cada hablante es una de las mayores contribuciones de Wilhelm von Humboldt a importantes corrientes lingüísticas originadas en el siglo pasado; entre éstas figuran la de los idealistas, encabezados por Karl Vossler; la antropología lingüística norteamericana que retomó de Humboldt la idea de la estrecha relación entre lenguaje, pensamiento y cultura, la cual quedaría suscrita en la multicitada hipótesis del relativismo lingüístico propuesta por Sapir y Whorf, y, por supuesto, en la gramática generativa y transformacional acuñada por Noam Chomsky, quien partía del concepto de la libre autoexpresión de las hablantes condicionada, sin embargo, por un código lingüístico específico.

Veamos muy someramente la influencia del pensamiento de Humboldt en estas tres importantes corrientes lingüísticas:

1. La primera, representada por los pensadores idealistas de la estética vossleriana inspirada también en la teoría de Benedetto Croce,¹² arranca del

¹⁰ En *Sobre el origen de las formas gramaticales y sobre su influencia en el desarrollo de las ideas*, Barcelona, Anagrama, 1972, p. 33.

¹¹ Véase Roy Harris et al., *op. cit.*, p. 157.

¹² Benedetto Croce, *Estética como ciencia de la expresión y lingüística general*, prólogo de Miguel de Unamuno, México, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1982.

concepto de que las lenguas son esencialmente expresión, actividad creativa que el hablante constantemente realiza partiendo de un código específico. Así los conceptos de “creación” y “evolución”, retomados de los humboldtianos “*enérgeia*” y “*ergon*” respectivamente, definían la naturaleza del lenguaje humano como la recreación que cada hablante y, por supuesto, cada escritor lleva a cabo de las unidades y estructuras que conforman un sistema lingüístico determinado. Ésa es precisamente la “fuerza interna” a la que se refiere el barón de Humboldt y que se aprecia igualmente en la particular expresión lingüística de los pueblos. “La lengua es *siempre* un acto, una verdadera representación creativa de la mente, un acto realizado por un individuo con libre voluntad.”¹³

Siguiendo esta idea, Vossler, imbuido en la concepción de cambio lingüístico predominante en el pensamiento decimonónico, sostenía que la creación era anterior y más importante que la evolución, y así opinaba: “el lenguaje en cuanto que se utiliza para las relaciones prácticas de los individuos entre sí ya no es creación individual, sino colectiva [...] por tanto tiene que ser considerado en segundo término no como *creación* sino como *evolución*”. Es importante hacer hincapié aquí en ese segundo lugar asignado a la *evolución*, al *ergon* o *producto* humboldtiano, que se ubica tras el acto “creativo”, considerado anterior y principal.

Pero además la influencia de Humboldt traspasó las fronteras de Alemania y penetró con gran vigor en España a través de Vossler. José Portoles explica que, aunque Amado Alonso no estuvo convencido plenamente de la teoría del romanista, como se puede apreciar en su artículo “Lingüística espiritualista”, donde leemos que: “si el lenguaje es siempre creación individual, no es menos cierto que esas creaciones individuales se producen para fines de convivencia”,¹⁴ aceptó, no obstante, la evidente injerencia del alemán entre los intelectuales españoles. Así, en 1930, decía: “con alguna resistencia, o sin ella, todos nos hemos tenido que rendir a la nueva verdad: todos somos un poco o mucho discípulos del sabio profesor de Munich”.¹⁵

Otro representante de la escuela idealista fue Leo Spitzer, cuya influencia se dejó sentir marcadamente en Estados Unidos debido tanto a su cátedra vitalicia en la Universidad Johns Hopkins como por sus importantes publicaciones. Spitzer, igual que Vossler, rechazó el positivismo cultivado prin-

¹³ Roy Harris et al., *op. cit.*, p. 158.

¹⁴ En José Portoles, *Medio siglo de filología española (1896-1952). Positivismo e idealismo*, Madrid, Cátedra, 1986, p. 150. Recordemos que en su obra *Positivismus und Idealismus in Sprachwissenschaft* (1904) decía: “Así pues ¡primero estilística, luego sintaxis! Todo medio de expresión, antes de convertirse en convencional y sintáctico, primero ha sido reiteradamente y durante largo tiempo individual y estilístico. En Helmut Christmann, “Teoría lingüística de Vossler”, en *Filología idealista y lingüística moderna*, Madrid, Gredos, p. 25.

¹⁵ José Portoles, *op. cit.*, p. 150-151.

principalmente por Meyer Lübdke, quien consideraba que el significado con frecuencia suele perturbar la regular evolución de la gramática y que la estilística se circunscribía al ámbito de la historia y de la crítica literarias, pero no al de la lingüística. Para Vossler, como para Spitzer, se debe indagar "lo primitivamente lingüístico en lo gramatical; lo poético en lo categorial; la poesía oculta en los artículos, partículas y preposiciones; lo móvil, efectivo y nuevo en lo petrificado desde épocas antiquísimas aun exponiéndonos al peligro de ser objeto de burlas".¹⁶

Spitzer combinó el estudio lingüístico con las investigaciones literarias, y llegó a advertir que "La crítica debería describir la obra como tal y que cada obra es un todo completo e indivisible [...] todo depende del espíritu coherente del autor".¹⁷ Dentro de la corriente idealista se creía, asimismo, que el hablante era un artista, debido a la permanente recreación del código que utilizaba, idea que recuerda a Humboldt cuando decía "la función específica y esencial que desempeña la lengua para el hombre tiene que ver con la *energeia* que despliega al servicio del pensamiento, energía que juega un papel creador".¹⁸

2. La segunda corriente que se benefició del pensamiento humboldtiano fue la antropología lingüística norteamericana. Preocupados por consignar las lenguas amerindias que se encontraban en peligro de extinción, los estudiosos norteamericanos, cabe mencionar aquí de origen alemán como Boas y Sapir, se preocuparon, en las primeras décadas del siglo XX, por transcribirlas a fin de dejar constancia de su existencia; en su aproximación a los distintos sistemas advirtieron que eran éstos medios fundamentales para conocer los componentes culturales y el pensamiento de esos pueblos. Lejos del evolucionismo planteado por los lingüistas comparatistas europeos y por el norteamericano Powell, seguidor de éstos, los antropólogos lingüistas advirtieron la necesidad de que cada lengua fuera analizada según sus propios componentes y no conforme a los conceptos y la terminología provenientes de otros sistemas.

La hipótesis de Sapir y Whorf planteaba, siguiendo a Wilhelm von Humboldt, que "todas las lenguas muestran una extraña inclinación por el desarrollo de uno o varios procedimientos gramaticales particulares a expensas de los demás". Se trata de una premisa según la cual cada lengua manifiesta un análisis exterior que le es propio, que impone al hablante una manera de interpretar ese universo, un verdadero prisma a través del cual el usuario está obligado a ver lo que ve.¹⁹

¹⁶ Véase Helmut Christmann, *op. cit.*, p. 25.

¹⁷ Karl. D. Uitti, *Teoría literaria y lingüística*, Madrid, Cátedra, 1975, p. 119-120.

¹⁸ Véase Jesús Tusón, *Aproximación a la historia de la lingüística*, Barcelona, Teide, 1982, p. 8.

¹⁹ Georges Mounin, *Historia de la lingüística II*, Madrid, Gredos, 1979, p. 98.

Esta estrecha relación entre lengua y cultura quedó establecida, como dijimos anteriormente con Humboldt, específicamente en su obra sobre la lengua de Java. Sin embargo, Jesús Tusón señala que no siempre es claro cuál de estos dos factores es el que predomina: ¿es la lengua la que crea una cultura específica? o ¿es la cultura la que crea una lengua determinada? Esta ambivalencia que se encuentra frecuentemente en esta clase de especulaciones parece haber quedado zanjada en la conocida frase de Humboldt que hemos traído ya a colación: "La lengua es el espíritu de los pueblos y el espíritu de los pueblos es la lengua".²⁰

Aunque la antropología lingüística norteamericana fundamentó sus estudios en la relación lengua-pensamiento-cultura, fue principalmente en el terreno del léxico donde puso al descubierto dicha vinculación; consideraba que era a nivel de contenido donde podría visualizarse de manera más clara esta correspondencia. En la actualidad, no obstante, algunos investigadores han analizado la forma en que determinadas estructuras morfológicas y sintácticas son reflejo del pensamiento de los pueblos. Así, Carlos Lenkersdorf explica respecto a las características del tojolabal, perteneciente a la familia maya, que se trata de una lengua intersubjetiva que excluye toda clase de objetos directos e indirectos, puesto que, desde su particular perspectiva, todos son sujetos en un intenso diálogo. "Los tojolabales no pueden percibir la comunicación ni hablar de ella a no ser que sea dialógica. En cuanto tal requiere que sujetos se interrelacionen con sujetos; dicho de otro modo, se exige complementariedad entre iguales."²¹ (Un ejemplo de esta bidireccionalidad sería "Nosotros hablamos, ustedes escuchan".)

Por otra parte, tenemos que una de las peculiaridades de la lengua zapoteca digna de mención es que los adjetivos numerales están relacionados con el momento de la enunciación: así *kaayo* significa *cinco*, si se refiere a la cosa que se cuenta en tiempo presente, pero si se trata de cosas que se cuentan en tiempo pasado, se dice *kooyo*.²²

3. Por último, la gramática generativa también se vio influida del pensamiento de Humboldt. En su libro *Lingüística cartesiana*, Noam Chomsky

²⁰ Desde esta perspectiva existiría un elemento previo (el genio diversificado según los pueblos) que, simultáneamente, daría origen a las culturas y a las lenguas. Sin embargo, en otros pasajes de la obra humboldtiana parece que es a la lengua a la que se debe atribuir el papel dominante, ya que su función más sobresaliente es la de constituir el pensamiento. Jesús Tusón, *op. cit.*, p. 105.

²¹ A diferencia de la frase castellana se presentan dos sujetos con verbos no idénticos; y es que mientras el hispanohablante ve una sola acción con su correspondiente agente, el indígena ve dos acciones con sus respectivos agentes. Para mayor referencia al respecto, véase *Indios somos con orgullo. Poesía maya-tojolabal*, recopilación, traducción, notas, comentarios e introducción de Carlos Lenkersdorf, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, p. 17-19.

²² Véase fray Juan de Córdova, *El arte del idioma zapoteco*, Morelia, Secretaría de Educación Pública, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1987, p. L.

apuntaba que el lenguaje es libre autoexpresión; es el flujo de un discurso interno que, al parecer, no puede darse al margen de una lengua específica, sea la que fuere.

Chomsky reaccionó contra el exagerado descriptivismo bloomfieldiano que centraba su análisis únicamente en las señales observables que podían ser sujetas a clasificación; lo anterior reducía el estudio de las lenguas, según este autor, a una consignación meramente taxonómica, y por tanto restringida, que no permitía establecer generalizaciones y en la que resultaba inadmisibles cualquier consideración respecto a las operaciones de la mente en lo relativo al lenguaje. Por eso Chomsky y un grupo de lingüistas del Massachusetts Institute of Technology, partiendo de presupuestos totalmente contrarios a los sostenidos por Leonard Bloomfield y sus seguidores antimentalistas, consideraron que la teoría general del lenguaje debería dar cuenta de la creatividad del hablante, de su capacidad para emitir y comprender oraciones inéditas.

El hablante ideal de una lengua, concebido por Chomsky, es capaz de enunciar un conjunto infinito de oraciones comprensibles y bien estructuradas. Este razonamiento está estrechamente ligado al concepto de productividad, planteado por Humboldt, en el cual los pensamientos y sus combinaciones son inagotables; por tanto, el lenguaje que los manifiesta es igualmente infinito tanto en su expresión como en su encadenamiento. Según parece, Chomsky adoptó la consideración del lingüista alemán, quien sostenía que:

la lengua posee elementos ya formados; pero, ante todo, consiste en procedimientos capaces de dirigir el trabajo del espíritu, marcándole su forma y su trayectoria. Los elementos, una vez constituidos, forman una masa muerta, si así queremos considerarlo; pero esta masa muerta contiene en sí misma el germen vivo de una inagotable capacidad de determinación.²³

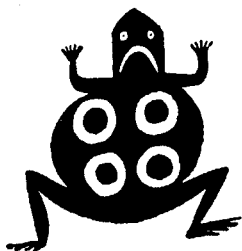
El carácter dinámico del lenguaje se manifiesta así en el conocimiento que el hablante-oyente tiene de su lengua tal como es representada por una gramática generativa, concepto que desde su libro *Estructuras sintácticas* (1957) identifica con el nombre de *competencia*; el uso real que de esa gramática hacen los hablantes lo denomina *actuación*. ¿Pero qué tiene que ver este par con el de *lengua/habla* propuesto por Ferdinand de Saussure? Es indudable que este último estableció los principios metodológicos para el estudio sistemático de la ciencia del lenguaje. Los cuestionamientos del maestro ginebrino giraban en torno a la siguiente consideración: ¿sobre qué aspecto del lenguaje se centra el estudio lingüístico?, ¿sobre el general, el propio de la masa parlante, o sobre la cristalización particular de éste? Más tarde Chomsky, retomando esta marcada división, diría que "es simplemente una

²³ En Jesús Tusón, *op. cit.*, p. 108.

confusión conceptual no distinguir competencia de actuación”;²⁴ sin embargo, la diferencia fundamental entre ambos estudiosos radica, según Juan M. Álvarez, en el “dinamismo” de la competencia chomskiana frente al “estatismo” de la lengua saussureana. Este tema, por sí mismo, es objeto de pormenorizadas reflexiones a las que no podemos dar cabida aquí; contentémonos con apuntar que la correlación entre uno y otro autor es común en las historias y los tratados de lingüística, y que resulta muy complejo optar sólo por la postura chomskiana sin caer en anacronismos.

Como hemos podido advertir mediante este somero repaso, la influencia del pensamiento de Humboldt en el idealismo, en la antropología lingüística y en el generativismo resulta evidente; a pesar de haber vivido inmerso en el ambiente que propiciaba el análisis comparativo de las lenguas, con el fin de explicar la noción del cambio, Humboldt, inspirado en Herder, inauguró una corriente lingüística que hoy día perdura.

En la actualidad es común referirnos a la naturaleza composicional de los idiomas en los términos tipológicos planteados por Humboldt y la influencia del pensamiento de Spitzer en la estilística resulta evidente; asimismo, continúa realizándose, como hemos podido comprobar en algunos estudios efectuados por investigadores de las lenguas indígenas de México, la estrecha vinculación lengua-pensamiento-cultura advertida por el estudioso alemán, y una de las corrientes más revolucionarias de nuestros días, el generativismo, tiene como antecedente directo e indiscutible al alemán Wilhelm von Humboldt. □



²⁴ En Juan M. Álvarez, *Lingüística fundamental. Introducción a los autores*, Madrid, Akal, 1983, p. 89.

○ NOTICIAS

DONACIÓN

La Biblioteca Rafael García Granados del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM ha recibido en donación del doctor Ernesto de la Torre Villar, investigador emérito de este instituto, una colección de libros referentes a la historia eclesiástica y religiosa de México, así como otra porción relativa a los sucesos e historia guadalupanos. Igualmente, el destacado académico donó varias series de manuscritos: una relativa a las instituciones misionales de Nayarit, entre coras y huicholes a finales del siglo XIX, y otra constituida por correspondencia de don Manuel Doblado con personajes de su época. La biblioteca también recibió varios mapas, pinturas y fotografías diversas. Sin duda estos materiales vienen a enriquecer al acervo de nuestra biblioteca.

EVENTOS

Del 19 de abril al 14 de junio se presentó el Ciclo de Conferencias 2005 El Historiador frente a la Historia. Perfiles y Rumbos de la Historia. 60 Años de In-

vestigación Histórica en México. Los trabajos estuvieron a cargo de Alicia Mayer González (Historia de las ideas en el Instituto de Investigaciones Históricas); Ignacio del Río (Reflexiones en torno a la idea y la práctica de la historia regional); Leonor Ludlow Wiechers, María del Pilar Martínez y Carmen Yuste (Historia económica); Johanna Broda (Historia y antropología), Felipe Castro Gutiérrez (Historia social); Alfredo Ávila Rueda (Historia política); José Rubén Romero Galván (El mundo indígena, el pasado novohispano y la historiografía mexicana), y Evelia Trejo Estrada (Dos territorios de la historiografía).

El 4 de mayo se llevó a cabo la presentación de un "Diálogo en busca de la significación histórica", entre Miguel León-Portilla y Álvaro Matute.

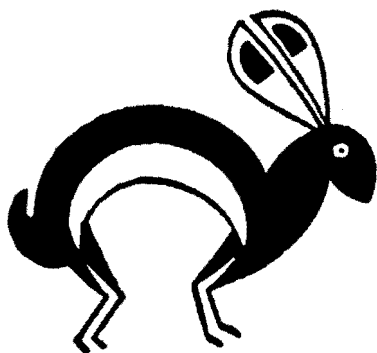
El 23 de junio se realizó el V Seminario Internacional Sociabilidades en la Ciudad de México del Siglo XIX a la Revolución, organizado por Claudia Agostoni, María Cristina Sacristán y Carlos Illades, en el Salón de Actos del instituto.

PREMIOS Y DISTINCIONES

La asociación civil Fomento de Investigación y Cultura Superior, perteneciente al Patronato Económico y de Desarrollo de la Universidad Iberoamericana, decidió otorgar al doctor Miguel León-Portilla el Premio Tlamatini ("el que sabe"). Durante la ceremonia de entrega, realizada el 13 de abril en el Aula Magna San Ignacio de Loyola de la Universidad Iberoamericana Santa Fe, se hizo referencia a su destacada trayectoria académica así como a su labor en de-

fensa de las comunidades indígenas y de la cultura de las mismas en los ámbitos nacional e internacional.

La Fundación México Unido otorgó el V Premio a la Excelencia de lo Nuestro al doctor Miguel León-Portilla por la contribución que representa su extensa obra académica al fomento y la difusión de la cultura mexicana. La ceremonia de entrega fue el 7 de julio en el Alcázar del Castillo de Chapultepec. □



○ PUBLICACIONES

PRESENTACIÓN DE LIBROS

Miguel Pastrana Flores, *Historias de la Conquista. Aspectos de la historiografía de tradición náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2004, 298 p., ils. (Serie Teoría e Historia de la Historiografía 2).

Rodrigo Díaz Maldonado

El sentido común, por lo general muy útil y casi siempre escaso, es un arma de dos filos. Nos permite movernos en el mundo que nos rodea con relativa solvencia, evitándonos cuestionamientos inútiles o peligrosos sobre el estatuto ontológico del microbús enloquecido que se apresta a arrollarnos, o sobre las verdaderas y profundas intenciones de ese señor que, pistola en mano, solicita una "cooperación". En pocas palabras, el sentido común simplifica el mundo, reduciéndolo a un código más o menos estable de relaciones fijas, de respuestas invariables a situaciones recurrentes. Bueno y santo, pero cuando hablamos de cualquier forma de conocimiento (ciencia, arte, filosofía, religión o historia), el sentido común se muestra un poco más ambiguo. Nos dice, por ejemplo, que sería imprudente plantear un tema como "El pensamiento griego y el mundo occidental" o "Historia de México: de los olmecas a Salinas". Esta advertencia puede resultar muy saludable si uno no cuenta con dos o tres décadas para realizar la investigación. Pero también puede ser un tremendo impedimento: si Braudel, por ejem-

plo, le hubiera hecho caso a los dictados del sentido común, no existiría *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Y eso no es lo más grave: el sentido común, en su afán por simplificar, termina por simplificar aquello que, de hecho, siempre es y debe ser complejo; no se limita al mundo que nos rodea, sino que invade el terreno de nuestra vida, atentando contra la profundidad, la riqueza y la variedad de la experiencia humana. El que aspira al conocimiento debe, creo yo, cuidarse siempre de esa modalidad del sentido común, que a la larga se constituye en una gruesa capa de prejuicios, en el mal sentido de la palabra.

El objetivo de esta breve introducción no es otro que el de resaltar la que, a mi juicio, resulta ser una de las más gratas virtudes del libro de Miguel Pastrana que hoy presentamos. *Historias de la Conquista. Aspectos de la historiografía de tradición náhuatl* constituye un inmejorable ejemplo de resistencia en contra de las absurdas reducciones que, producto del sentido común, se han operado sobre el complejísimo fenómeno de la memoria

y la tradición indígenas, lo que se logra al no considerarlas como simples compendios de datos "duros" —más o menos discutibles— o como testimonios de formados por un espurio contenido "mítico", sino como construcciones válidas y necesarias de una forma específica de conciencia histórica.

Aunque esta última idea no es del todo una novedad, pues ya existía la sospecha de que dichas crónicas eran algo más complejo, el tratamiento de sus contenidos y las constantes comparaciones entre sus perspectivas, producto de la atenta lectura de Miguel Pastrana, revelan muchos aspectos hasta ahora ignorados y añaden nuevas dimensiones a nuestro conocimiento del pasado. No soy yo, sin embargo, el encargado de comentar dichos asuntos, pues no paso de ser un simple amateur, o ni eso, en cuanto a conciencia histórica indígena se refiere. Lo que sí puedo ofrecer, y me parece que por eso fui invitado, es un brevísimo esbozo de las características estructurales y analíticas de esta obra, que es lo que a continuación se presenta.

Como ya dije, este libro pretende levantarse por encima de los prejuicios que tradicionalmente existen sobre las crónicas indígenas. Pero esto es siempre más fácil de decir que de hacer, pues no pocas veces esos prejuicios, o sentido común sedimentado, constituyen buena parte de nuestra propia conciencia histórica. De esta dificultad se deriva, como posible solución, la estructura general de la obra. Me explico: en primer lugar, Miguel Pastrana no se ocupa, según ya indiqué, del valor "histórico" o "mítico" de las crónicas en cuestión. De hecho, no las considera, como tradicionalmente han

sido vistas, "materiales" más o menos verídicos para una posible historia de la Conquista de México, ni siquiera para esa historia desde la perspectiva indígena. Las crónicas son vistas, más bien, como contenedores de la memoria y las representaciones colectivas del pasado —por lo menos de cierto grupo social—. Ése y no otro es el objeto de estudio de esta obra.

Lo anterior significa, de por sí, un interesante cambio de perspectiva, pero Miguel Pastrana sabe perfectamente que son necesarios más límites, pues dicho objeto se presenta todavía como demasiado grande, o mejor dicho, como demasiado inasible. La pregunta es inevitable: ¿cómo estudiar y comprender algo tan evanescente como la conciencia histórica o la memoria colectiva? Sólo queda el camino de la selección y, como diría Collingwood, de la lógica de pregunta y respuesta. Es decir, la obra procede a una delimitación sistemática y progresiva del objeto: primero la Conquista como eje temático a partir del cual se analizan las crónicas; después las distintas tradiciones indígenas, pues todas ellas poseen sus características distintivas y, por último, las preguntas analíticas, mismas que se dividen en cuatro grandes problemas: el sentido de los presagios, la naturaleza de los españoles, el carácter de Motecuhzoma y el significado de la conquista. Cada uno de estos problemas será analizado por separado, dando como resultado los cuatro grandes capítulos que conforman la obra.

Resulta claro, a simple vista, que todas estas divisiones estructurales no pretenden precisar "hechos", sino comprender interpretaciones y atribuciones o, si

se prefiere, "hechos de conciencia". Con esto tenemos, implícitamente, el primer distanciamiento del sentido común tradicional. Lo que sigue es su combate directo, explícito. Cada una de las partes inicia con la presentación de los prejuicios, sancionados por la tradición, que sobre cada uno de los grandes problemas mencionados han existido. Sin embargo, Pastrana es muy cuidadoso de no incurrir en aquello que critica: al presentar las interpretaciones tradicionales procura, siempre, mostrarlas dentro de sus respectivos contextos históricos e intelectuales. Es decir, no se trata de juzgarlas, sino de mostrar el carácter transitorio y relativo de cada una de ellas, lo que equivale a remover el fondo que les permitió —y permite a veces— asentarse como "verdades".

Así, por ejemplo, los presagios dejan de ser "pruebas reales" de la intervención de Dios o del Diablo en la Conquista de México; o malas interpretaciones —producto de la superstición— de simples fenómenos naturales; o de plano manifestaciones simbólicas de una conciencia "mítica" que nada tiene que ver con lo "histórico" (todas ellas interpretaciones que corresponden a distintos momentos históricos), para convertirse, después del cuidadoso trabajo interpretativo de Miguel Pastrana, en el recurso ideológico-interpretativo que permitió a los nahuas novohispanos "explicarse la conquista española en los términos de su propia cultura"; recurso que, además, posee su propia historicidad. Cabe resaltar que aquí, como en el resto de los capítulos, la selección de los ejemplos que ilustran las distintas interpretaciones tradicionales es especialmente acertada

pues, sin abrumar al lector con información —de hecho en muy pocas páginas—, logra establecer, al mismo tiempo, tanto el estado de la cuestión como los puntos relevantes sobre los cuales se articula la investigación en cada caso.

El procedimiento antes descrito puede encontrarse en todos los capítulos. Lo que sigue, invariablemente, es el establecimiento del marco interpretativo de cada uno de los problemas. Es decir, la descripción de aquellos elementos culturales que deben ser tomados en cuenta para la correcta interpretación del discurso contenido en las crónicas. El ejemplo más fácil de reseñar, que no el único, se encuentra en el capítulo sobre Motecuhzoma. Ahí, Miguel Pastrana revisa cuidadosamente los famosos *huehuetlatolli*, recopilados por Sahagún, para poder penetrar en la idea que los nahuas tenían sobre el ejercicio del poder, y en particular sobre el cargo de *tlatoani*. Esto permite que el autor genere una imagen de lo que, en el universo conceptual indígena, se entendía por un buen o mal gobernante, así como de las consecuencias que se suscitarían en el caso de incumplir sus obligaciones. A la luz de estos elementos, se examina el contenido de las crónicas a varios niveles, para descubrir tanto la persistencia de valores prehispánicos como la integración de nuevos elementos provenientes del cristianismo. El resultado es una interpretación que busca contextualizar, en el plano de la historia de las ideas, un fenómeno historiográfico que, lejos de ser estático, se presenta, al igual que la conciencia que lo produjo, dinámico y cambiante.

Lo dicho, quiero enfatizar, vale para todos los capítulos, aunque las herra-

mientas se ajusten y cambien en cada caso. Así, para la interpretación de la naturaleza (divina o humana) de los españoles, se echa mano del análisis etimológico para esclarecer el uso del término “teules” en el contexto de las crónicas; y del análisis comparativo de elementos que, en otro tipo de fuentes, son registrados como propiamente sobrehumanos según el pensamiento indígena. O, en relación con el último capítulo, la revisión de las distintas tradiciones indígenas nahuas sobre el sentido de la conquista sirve para evaluar sus variaciones como diversas respuestas a circunstancias vitales, respuestas que, pese a sus diferencias y transformaciones debidas al tiempo, poseen un sustrato común.

No pretendo extenderme más. Creo que lo dicho hasta ahora es suficiente para transmitir la imagen que me he for-

mado tras la lectura de este libro, por lo menos para una presentación que no pretenda matar al público de aburrimiento. Sin embargo, tampoco quiero terminar sin antes señalar un par de cosas de carácter más general. El libro que hoy comentamos, creo que ya quedó claro, es fruto de una profunda y larga investigación, misma que tiene la virtud, nada despreciable en nuestros días, de presentarse con orden y claridad. Su estructura, sistemática y equilibrada sin ser rígida, permite una lectura continua y ágil, no exenta de momentos de asombro ante la novedad de sus interpretaciones, que sacuden prejuicios y que avivan, fue mi caso por lo menos, el deseo por comprender, aunque sea un poco, la complejidad de la conciencia humana, empeñada en significar, por hallazgo o voluntad, la experiencia pasada. □

Gabriel Torres Puga, *Los últimos años de la Inquisición en la Nueva España*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Antropología e Historia/Miguel Ángel Porrúa, 2004, 238 p.

Alfredo Ávila

Entre burlas y veras, en alguna ocasión dije a Gabriel Torres Puga que su libro se vendería como pan caliente debido al tema y, en parte, a la portada: negra, con modestas letras salvo para la palabra Inquisición, que aparece en un rojo muy llamativo. Comentábamos en aquella ocasión que ya sólo faltaba al libro uno de esos cintillos con los que se anuncian los *best-sellers*, que dijera algo así como “Éntrese de cómo desapareció el tribunal más sangriento y odiado de la huma-

nidad”. Por desgracia, el inquieto lector que adquiriera el libro movido por una insana curiosidad se llevará una decepción. *Los últimos años de la Inquisición en la Nueva España* ofrece una versión menos exaltada de la historia final de ese tribunal, pero más seria, completa y comprensiva. A lo largo de sus más de doscientas páginas se va tejiendo un relato alrededor del Santo Oficio, a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, que busca entender, antes que juzgar, el papel

que desempeñó en el largo proceso de descomposición del orden virreinal. El libro está fundado en una acuciosa investigación documental, realizada en algunos de los repositorios más importantes del país, entre los que se cuentan el Archivo General de la Nación, los fondos reservados de la Biblioteca Nacional y la Biblioteca del Centro de Estudios de Historia de México de Condumex. El autor también está bien enterado de las principales publicaciones sobre su tema de estudio, desde los clásicos, como el de Toribio Medina, hasta la historiografía más reciente sobre el tribunal en el siglo XVIII español.

El conocimiento de la documentación primaria y de la bibliografía clásica y reciente, hace que el autor, polémico, revise algunas de las interpretaciones más aceptadas sobre la Inquisición. Por supuesto, desdeña los numerosos trabajos que, amparados en la leyenda negra y sin esfuerzo por entender el pasado, condenan al tribunal por ser casa de terror y fanatismo. Gabriel Torres Puga nos muestra que, lejos de esas deformadas interpretaciones que harían de los inquisidores individuos odiosos, la verdad es que no pocos se honraban de pertenecer, así fuera como familiares, a ese instituto. Bien comenzado el siglo XIX, la popularidad de la Inquisición era considerable. Para muchos, era necesaria su permanencia, mientras que buen número de los críticos se conformaba con hacerle reformas, pero no suprimirla. Claro que también había quienes deseaban que desapareciera y, como es sabido, terminaron triunfando e imponiendo su visión de tan "detestable" tribunal, aunque al parecer la supresión no se debió tan-

to a sus empeños como a los nuevos escenarios traídos por las revoluciones hispanoamericanas, tan distintos al del Antiguo Régimen, que hacían imposible la existencia de un tribunal como el estudiado.

Estamos, pues, frente a un libro revisionista; pero no por enderezar lanzas contra la bibliografía sensacionalista sino por poner a prueba algunas de las hipótesis más sólidas de la historiografía académica sobre el tema, que, sin embargo, también fueron alcanzadas por la interpretación liberal decimonónica acerca del oscurantismo virreinal. Según esta versión, el XVIII, siglo de la Ilustración y del encumbramiento de la razón, minimizó (ya que no pudo derrotar) a la terrible Inquisición, guardiana de las sombras y del despotismo. Esta interpretación, sostenida por autores tan serios e importantes como Richard Greenleaf y Monelisa Pérez-Marchand, supondría que en las décadas anteriores a su supresión el Santo Oficio venía mostrando ya síntomas inequívocos de decadencia. Gabriel Torres afirma lo contrario. La Inquisición siguió activa y poderosa frente a los embates modernizadores que pretendían reformarla. Por paradójico que parezca, el despotismo no se sustentó necesariamente en instituciones como la estudiada y, en no pocas ocasiones, se mostró muy combativo con ellas. El absolutismo dieciochesco se caracterizó por el enfrentamiento con corporaciones poderosas, no con el ánimo de destruirlas sino de dominarlas. Esto sucedió en el caso del Santo Oficio. El más moderno y menos oscurantista de los déspotas borbónicos, Carlos III, consiguió humillar a los inquisidores, les restó autonomía y los su-

jetó a los designios de la corona, lo cual, por paradójico que parezca, terminaría fortaleciendo al tribunal, al quedar bajo la sombra y protección del rey y pasar a formar parte del nuevo aparato de Estado promovido por los ministros ilustrados. La Revolución francesa le daría la oportunidad de mostrar su utilidad para el mantenimiento de la paz y el orden. Como no se cansaron de insistir sus detractores, la Inquisición adquirió un carácter político más que religioso. Sin embargo, como bien señala Torres Puga, es ridículo tratar de separar el espacio político del religioso en el Antiguo Régimen, toda vez que se aceptaba que el origen mismo de la potestad era divino.

La relación de la Inquisición con el primer liberalismo español también es más compleja de lo que se puede imaginar. En las Cortes de Cádiz muchos olvidaron la existencia del tribunal, pues el Consejo de la Suprema Inquisición Española, con sede en Madrid, se había desintegrado tras la ocupación napoleónica. Fue un novohispano, Antonio Pérez Martínez, canónigo y futuro obispo de la catedral poblana, uno de los pocos diputados que estaba interesado en tan importante materia. Como era de esperarse, el tema del Santo Oficio surgió a la hora de tratar acerca de la libertad de prensa, elemento fundamental del orden liberal. Claro que se dejaron oír voces a favor de la desaparición del vetusto tribunal, pero no todos estaban seguros de la pertinencia de un acto así. Pérez Martínez, por ejemplo, insistiría mucho en que lo necesario era una reforma, que hiciera volver al tribunal a su primigenia función: velar por la pureza de la religión. Y es que, según me parece, incluso en los

liberales, obraba la desconfianza en las virtudes del pueblo español. Según ha señalado recientemente Carlos Forment, el lenguaje de los constitucionalistas hispanoamericanos no era el del humanismo cívico, sino el de un catolicismo cívico, creyente en la naturaleza pecaminosa del hombre que lo hacía incapaz de autogobernarse y, por lo tanto, siempre necesitaba de instituciones que lo guiaran y corrigieran. De ahí que, cuando se vio la imposibilidad de reunir de nuevo a los inquisidores, los diputados favorecieran la creación de tribunales de la fe que nunca llegaron a instalarse.

La abolición de la Inquisición se debió a otros factores, algunos ya insinuados con el tema de la libertad de prensa. Como varios legisladores reconocieron, la existencia misma de las Cortes Constituyentes se debía, entre otras cosas, a la ausencia del Santo Oficio. La discusión libre que se requería para construir las nuevas instituciones hubiera sido imposible sin la desintegración de la Suprema. Tras la caída de la monarquía de derecho divino y la necesidad de garantizar la independencia frente a las tropas francesas, los liberales gaditanos habían decidido depositar la soberanía en la nación, es decir, en el pueblo español. Este principio era incompatible con la existencia de la Inquisición, no sólo porque había sido condenado años antes por ella misma ni porque la permanencia de esa institución hubiera significado una afrenta al nuevo orden constitucional, sino porque el fundamento mismo del Santo Oficio desaparecía con esa declaración. El nuevo tiempo que se estaba viviendo afectó la legitimidad de todas las instituciones del Antiguo Régimen, y la Inqui-

sición no fue la excepción. Al final, desapareció porque era "incompatible con la Constitución", tal como manifestaba el decreto de 22 de enero de 1813.

En la Nueva España, el tribunal se mantuvo activo después de 1808. No es necesario recordar la condena al principio de soberanía nacional ni la oportunidad que tuvo de manifestar su poder frente a los insurgentes. Como bien señala Torres Puga, estos despliegues de autoridad terminaron erosionándolo. Muchos se percataron de que los edictos en los que se condenaba a Hidalgo y sus seguidores tenían un origen más inmediato que el cuidado de la pureza del catolicismo. Al señalar que la Inquisición actuaba movida por las contingencias políticas, la despojaron de legitimidad. De ahí que insurgentes y liberales se propusieran reformarla, aunque no disolverla. Incluso, merece la pena recordar aquí las voces de inconformidad que desde el lado independentista se dejaron escuchar por la abolición decretada por las Cortes. Hay que notar también que éste es otro punto en el que Gabriel Torres se despegó de la interpretación que hace de nuestra independencia una lucha contra el despotismo virreinal sostenido, entre otras instituciones, por la Inquisición; pero no es esto lo que quiero resaltar sino la irrupción de las contingencias políticas en las decisiones del tribunal como un factor, sino es que el factor decisivo, de su desaparición.

Uno de los aciertos del libro de Gabriel Torres Puga ha sido contextualizar de un modo muy completo los últimos años de la Inquisición en Nueva España. Si he de ser franco, en algunas partes del libro hay más contexto que Inquisición misma,

pero no creo que esto sea un defecto, pues enriquece mucho el conocimiento del lector acerca de las circunstancias de la época. No estoy seguro de a qué se deba que el autor haya preferido poner más atención a esos aspectos que se hallaban fuera de la Inquisición que a la Inquisición misma, sobre todo porque, como es sabido, ésta cuenta con archivos más que suficientes y bien catalogados para hacer su historia desde dentro. Tal vez Gabriel Torres se percató del peligro que corría si escribía su relato desde el punto de vista exclusivo de la institución estudiada, de ahí la preocupación de conocer, sobre todo, las actitudes de los gobiernos, la sociedad y la incipiente, pero influyente, opinión pública en torno al tribunal. Sin embargo, un efecto (un "efecto explicativo", diría Hayden White) de esta contextualización, que casi nos hace perder de vista el objeto de estudio, es que éste rara vez aparece con voluntad propia y menos aún con capacidad para sortear las adversidades que los nuevos tiempos le ponían. Así, aunque el autor señale de un modo explícito que, después de todo, el Santo Oficio no estaba tan en decadencia en el siglo XVIII como nos ha hecho creer la historiografía heredera de la tradición liberal, la verdad es que su propia narración nos hace pensar que sí, que era una institución que se movía por el interés de otros, de los reyes españoles, de Napoleón, de las Cortes, incluso de los virreyes y los publicistas de la ciudad de México.

Esa forma de tejer la trama de *Los últimos años de la Inquisición en Nueva España* permite comprender de un modo más acabado las razones de su extinción. Si los inquisidores de la Supre-

ma no se enfrentaron a Napoleón se debió, sobre todo, a que su autonomía había menguado mucho y habían sido obligados a depender por completo del monarca español, quien se hallaba preso en 1808, y no tanto a que los franceses se hubieran propuesto combatirlo con todas sus armas. Si en los años siguientes los diputados que favorecían el restablecimiento del Santo Oficio en la península no lo consiguieron se debió, entre otras cosas, a que no había rey que, junto con el papa, hiciera los nombramientos, y no tanto a que los liberales se hubieran impuesto. Si, por último, no se mantuvo el tribunal cuando México consiguió su independencia, se debió (entre otros muchos factores) a que para la Santa Sede nuestro país no existía y, por lo tanto, no podía ratificar o nombrar nuevos inquisidores, y no tanto a que el constitucionalismo hallara monstruoso conservarlo. Por su parte, el Santo Oficio no pudo hacer nada, y cuando lo intentó, el resultado de sus actividades fue contraproducente, como fue el caso de su posición contra la insurgencia, que

únicamente mostró la contingencia de sus disposiciones.

En suma (y a riesgo de parecer determinista), la Inquisición en Nueva España desapareció porque tenía que desaparecer, eran tiempos nuevos, de incertidumbre, en los que debía experimentarse con opiniones arriesgadas, en los que nada podía dar legitimidad a instituciones nacidas de la confianza en una fe y en un orden del mundo, pese a que (y pésele a los liberales) la mayoría de los políticos y pensadores del momento siguieran creyendo que hacía falta proteger la religión y controlar el modo de pensar de los ciudadanos, pecaminosos e imperfectos al fin.

Como puede apreciarse, nuestro ingenuo lector que fue a la librería para adquirir este libro y enterarse de cuán maligna podía ser la Inquisición se habrá llevado una decepción y tal vez una sorpresa; pero mejor aún, se habrá llevado a casa un libro bien escrito, fácil de leer, que disfrutará y le permitirá conocer y comprender una parte valiosa de nuestro pasado y, por lo tanto, de nosotros mismos. □

María Cristina González Ortiz, *Juan A. Ortega y Medina entre Andrenios y Robinsones*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2004, 275 p.

Alicia Mayer González

Juan A. Ortega y Medina, protagonista del libro que hoy nos reúne, se sirvió de un arbitrio literario simbólico, contenido en *El criticón* de Baltasar Gracián, para explicar sus razonamientos

en torno al problema histórico de la identidad:

¿Qué es esto? ¿Soy o no soy? Pero, pues, vivo, pues conozco y advierto, ser tengo, más si soy, ¿Quién soy yo?

Estas palabras emblemáticas, cosa bastante curiosa, reflejarían en muchos sentidos el propio despliegue vitalista del historiador, andaluz por nacimiento y mexicano por adopción, quien llegó a México tras el destierro de los republicanos durante la Guerra Civil Española (1936-1939).

En algunas obras, Ortega tomó el ejemplo de dos personajes, el Andrenio de Gracián y el Robinson Crusoe de Defoe, para comparar o contraponer dos visiones del mundo. Andrenio, según él, era un personaje que iba por la vida "en guardia contra las asechanzas mundanas, pero en un entorno cuya realidad era ilusoria o engañosa. Por contra, el Robinson era totalmente consciente de su vivir en un mundo real y lo hacía con pragmatismo. Mientras Robinson actuaba en él para cambiarlo, regenerarlo y, en sentido teleológico, rescatarlo, Andrenio sólo iba aprendiendo y escarmentando, mediante amargos desengaños, "hasta alcanzar por fin la isla de la inmortalidad" (*El conflicto anglo-español*, p. 100-101).

Entre Andrenios y Robinsones se debatió el ser, la búsqueda de identidad, la eterna ambivalencia del hombre en pos de sentido vitalista de Juan A. Ortega y Medina, como bien y agudamente descubrió Cristina González Ortiz, y don Juan alcanzó ya la tal isla de la inmortalidad gracias a la obra que hoy sale a la luz.

Es para mí una entrañable ocasión presentar el día de hoy este libro, que se ha titulado *Juan A. Ortega y Medina entre Andrenios y Robinsones*, por varias razones: la primera es porque me une una entrañable amistad, además de un cariño de verdad filial hacia la autora, y la segunda, pero no menos importante, por-

que el tema de su estudio es ciertamente también parte de mi incumbencia personal. Al maestro Ortega y Medina le debo la confirmación de mi vocación histórica.

Espero que de mis palabras resulten dos homenajes: uno, al hombre que inspiró la obra que hoy vemos salir a la luz, y, el otro, a la autora. De antemano digo que podría yo pecar —por la naturaleza del tema y mi cercanía con Cristina— de parcial. Mi subjetividad la justifico haciendo mía la idea rousseauniana de que la pasión goza de todos los derechos, y me permito hacerla manifiesta en este momento. Pero la pasión es exigente. A pesar de que creo que la presentación de un libro es una fiesta, y que no es para mí excepción así considerar ésta en particular, también sé que me toca explicar, delante de un amable público que ha venido a este maravilloso recinto a presenciar un análisis crítico de una obra específica, una interpretación que puede desprenderse de la lectura. La última palabra, por supuesto, atañe a cada lector y su juicio depende de su propia concepción de hechos, vivencias y modos de percibir la realidad.

No deseo ahora hacer un análisis "tradicional" de este libro. La lectura me anima más bien a una reflexión de otro tipo, una que responde a inquietudes personales de índole filosófica, que se desprenden de las ideas que expone Cristina González en su trabajo, y otra que pueda servir de acicate a los lectores aquí presentes para leer la obra y conjuntar intereses propios con el riquísimo y sugerente legado ortegamediniano.

Hace más de una década, trece años para ser exactos, llamó mi atención un

artículo de Cristina González, que se titula "Ortega y Medina entre Andrenios y Robinsones", donde se advierte ya la aproximación temática a lo que retomaría después para su frontispicio titular. Allí expresaba que no era fácil definir el talento, la agudeza y la destreza para dar una explicación convincente a las interrogantes que Clío plantea; dicho simplemente, no era sencillo definir la vocación histórica ("Ortega y Medina entre Andrenios y Robinsones", *Históricas*, n. 36, 1992, p. 32). Esto lo decía nuestra historiadora cuando remembraba a su querido maestro y mentor con motivo de su muerte, acaecida el 4 de julio de 1992.

Dicho planteamiento tiene ahora una vigencia insospechada. Ciertamente el argumento es, al paso del tiempo, más pensado, añejo y decantado, pero la autora ha podido dar una respuesta totalmente convincente sobre cómo descubrir el don o el talento para historiar, una vez recorrido un camino de formación y aprendizaje, de experiencia acumulada, que la llevó a considerar cabalmente el trayecto vital e intelectual de ese hombre singular que fue Juan A. Ortega y Medina y el legado e importancia de su pensamiento.

Quando comencé este trabajo —nos dice la autora— creía que conocía bien a Ortega y Medina, y que merecía ser estudiado. Fue grato descubrir pronto que su pensamiento era más rico y coherente de lo que había imaginado y que su obra, no envejecida, seguiría vigente y debería ser leída porque contiene verdades muy por encima de la subjetividad de don Juan, pues sus apreciaciones históricas fueron certeras y penetró los secretos del devenir humano [p. 15].

En efecto, ese planteamiento que la propia Cristina hizo hace algunos años sobre el talento del historiador se vislumbra en la vida, en la obra y en el pensamiento de su tutor, pero como digna discípula que fue de él creo que también descubrimos plenamente esa vocación de historiadora en ella misma a través de lo que revela su trabajo. El libro que ahora revisamos vale, no porque trata sobre un hombre excepcional con un legado intelectual excepcional, sino como aportación historiográfica. No puedo desestimar la capital importancia que conlleva el libro que nos ocupa y es ésta: la aproximación y la comprensión de una obra que ha trascendido en el quehacer historiográfico del siglo XX mexicano. Cristina González no ha dudado en calificar a Ortega y Medina como "el más distinguido representante de la primera generación de intelectuales exiliados formada en México en el campo de la Historia" (p. 10).

La obra de Juan A. Ortega y Medina (más de 200 títulos, entre libros, artículos, reseñas, valiosísimas traducciones y otros trabajos, que han quedado cuidadosamente compilados en la sección bibliográfica de este estudio) presenta un haz de direcciones. Cristina González nos enseña a leer los textos de Ortega y de veras a desentrañar los elementos compositivos de éstos, así como a comprender en qué situación y bajo qué circunstancias surgieron las ideas ínsitas en esta vasta producción personal. No pretendo abundar en la estructura temática de este trabajo, ya el solo índice da una estupenda noción de lo que la autora pretendió ofrecer a los lectores interesados, ni en la metodología de la que sólo diré que es digna de tomarse en cuenta

como guía de aprendizaje sobre cómo escribir un estudio biobibliográfico e historiográfico. Si bien el objetivo de la autora es poner ante el lector un conocimiento cabal de la obra ortegamediniana y del impulso vital que la produjo, se revela también el arte y el método, preciso, certero, minucioso, donde ella recrea una obra que surge en un espacio y en un tiempo histórico.

Más bien me parece importante señalar que Cristina González no sólo hace el recuento del recorrido vital de un hombre notable, sino también penetra en las bases del conocimiento filosófico e histórico del quehacer humanístico en México al situar a Ortega y Medina en el ambiente cultural mexicano de los años cuarenta. Ella rastrea la influencia que recibió el historiador malagueño, sobre todo deudor de los historiadores alemanes y de sus maestros mexicanos y españoles. Luego analiza los ciclos o etapas que conforman la vida de un autor joven, en busca de sentido, de explicación, de identidad como exiliado y trasterrado, al maduro y cabal Ortega de la última época de su fructífera vida como historiador, en plenitud intelectual. Advierte, además, que se debe rescatar toda su obra y "apreciarla con la perspectiva del tiempo y de su riqueza temática" (p. 13). Mas la intención de la autora, que es "ofrecer una visión más amplia del pensamiento ortegamediniano", se rebasa totalmente.

No le pido a la autora la explicación de su personal elección del tema porque la conozco y estoy segura de que la conocen todos ustedes; y el cariño de la discípula ha rendido frutos extraordinarios para el conocimiento de los cultivadores

de la historiografía en muchos sentidos. Cristina González nos pinta a un hombre de armas que a la vez fue un intelectual, un espíritu sensible y generoso, con amplia vocación humanística y magisterial: "un discreto, respetuoso y extremado embajador de su patria, aunque sin representación oficial" (p. 73). Ciertamente no esconde la simpatía por el personaje en cuestión, pero tampoco se pierde en la subjetividad del panegírico. Comunicar fundamentalmente la necesidad de comprender en qué circunstancias una obra como ésta se origina, es formulada y cómo, al fin, fue concebida y creada.

En suma, la autora tiene el privilegio especial y consagrado de vivificar el sentimiento hacia un hombre excepcional, sin cegar al lector con el elogio, y con ello cumple cabalmente con una misión superior: desentrañar y examinar su obra y, con ella, su pensamiento. Juan Antonio dejó enseñanza, sí, pero una enseñanza fraternal. Ésas y otras impresiones personales salen de la obra de Cristina González. Ella logra transmitir esas experiencias de vida, esa apertura de la inteligencia, del buen decir y del buen actuar de ese ser recto, honorable y digno que fue uno de los exponentes más relevantes del exilio español en México.

El mensaje de Cristina es que el legado escrito del andaluz-mexicano merece ser estudiado por los principios del análisis historiográfico que él esbozó. No es fácil —aunque sí es fascinante— desentrañar una obra como la de Ortega y Medina y entregarla al lector como lo hace Cristina González, casi podríamos decir "diseccionada". No es fácil, repito, pues se trata de una obra con altos vuelos retóricos, complejos paradigmas his-

tóricos, complicados motivos personales ocultos entre líneas, arcanos matices y aun contradicciones que fue resolviendo el propio autor a lo largo de su vida. Fue un hombre que “tuvo la inmensa habilidad de formular diversas consideraciones sobre un mismo tema y material” (p. 103). España, Estados Unidos, el indio, Lutero, la religiosidad, la literatura viajera, la teoría de la historia, el arte incluso, fueron los temas en los que Ortega incurrió “desde México y partiendo de su particular perspectiva, acorde con su inclinación por la historia de las ideas, su propia ideología política, sus sólidos conocimientos en asuntos morales, religiosos y teológicos” (p. 193) y con otras razones no menos importantes. La dimensión del libro se abre en varias direcciones. Metódicamente desentraña las ideas del maestro con gran profundidad, construyendo sus andamiajes explicativos: “cálculos y cimbras”, como ella gusta de decir, y que nos revela aquel talento que Cristina veía quizá sólo personificado en la figura portentosa, agigantada y necesariamente idealizada —que, como alumnos que somos, construimos alrededor de nuestro mentor— del propio don Juan, pero que nosotros podemos contemplar en el arte mismo de historiar que ella propone.

Tenemos, pues, ante nosotros una obra, la de Cristina González, de gran madurez intelectual. A esto le podemos agregar de calidad, erudición, agudeza y rigor metodológico. En fin, la tarea no era sencilla: pero la autora la emprendió con amorosa dedicación, sincero agradecimiento por la recompensa de haber sido receptora de la generosidad del maestro, herencia afortunadísima que hoy vemos

plasmada en la propia y brillante obra que nos ocupa.

Mucho comparten la autora y su maestro: el amor por la literatura, las virtudes magisteriales, la sapiencia, la simpatía, la generosidad, la personalidad y la comprensión de su tarea vital. En mucho coinciden también en cuanto a su manera de ver la historia. A ella también le veo esa calma de pensamiento que caracterizaba a Ortega. Ella misma, inteligentemente, pormenoriza su estudio historiográfico manifestando precisamente lo que heredó de su mentor: la habilidad de ponderar ideas y entronizar las capacidades de los individuos como hacedores de la historia, como protagonistas del acontecer y como objeto del estudio del historiador. Con gran frescura y agilidad en su pluma, Cristina González presenta un marco estructural coherente, circunstancial y psicológico montado desde los primeros capítulos de su trabajo para enmarcar a su vez el cuadro histórico y vital del autor analizado y después poder desentrañar la obra que dejó él como herencia a nuestra disciplina. Entonces logra magistralmente, como consecuencia, recrear la parte histórico-conceptual que rodeó al propio personaje estudiado.

La lectura produjo en mí una serie de reflexiones y muchas, muchísimas, remembranzas. La parte que yo viví con el maestro —y permíteme que hable en primera persona— es la que la autora ubica en el ciclo final de su obra, “correspondiente a un Ortega que ha alcanzado los 67 años de una vida llena de trabajos, a la vez que ha iniciado una segunda vida matrimonial que pudo gozar con suma placidez a partir de 1980” (p. 144). Queda la parte

del contacto maestro-discípula en el más íntimo recuerdo, pero lo que sí puedo dejar aflorar es ese derroche de ideas, planteamientos, conceptos y enseñanzas que uno podía interceptar en el diálogo cercano y cotidiano con el entrañable tutor y que veo reflejado también en la experiencia de mi querida colega. Yo comparo tu opinión de que *La evangelización puritana en Norteamérica* es el libro más erudito de Ortega. Se trata, en efecto, de una exhaustiva investigación, cuyos resultados hacen alarde de la sabiduría de don Juan. Añado, de paso, que, para mí, el más divertido es *México en la conciencia anglosajona*, animado con esa sutil ironía y espléndida retórica ortegamediniana; el más cercano a las bellas letras es *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico*, con su narrativa cuasi novelesca; el más dirigido a una elite culta es *Imagen y carácter de J. J. Winckelmann*, mientras que el más "denso" por su erudición, si se me permite este símil, es *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, si mi querido colega y experto Álvaro Matute no me corrige. El de mayor aportación a la historiografía mexicana puede ser su *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia* y los que sirven de puentes comprensivos con temas que tienen que ver con el enlace con el pensamiento extranjero son *Humboldt desde México*, *Zaguán abierto al México republicano* y *Reforma y modernidad*. No podía faltar la contribución de Ortega a la idea del descubrimiento de América con su libro sobre historiografía colombina. En fin, para qué extendernos. Ya dije que hay más de doscientos títulos registrados por Cristina González en su completísimo apartado bibliográfico-crítico.

Por otro lado, una de las vertientes fundamentales que surgen del libro de Cristina González es la discusión sobre el historicismo. Juan Ortega y Medina buscó en su obra sintetizar, armonizar, explicar y comprender acontecimientos humanos en el pasado desde la óptica de una aproximación historicista. Al respecto, dice Cristina lo siguiente:

Dos vertientes íntimamente vinculadas integraron el historicismo mexicano. La primera fue el desarrollo de su peculiar realidad histórica en Europa, una de cuyas ramas, la hispánica, fue trasplantada a tierras americanas. La segunda, el interés, la actividad y la disconformidad intelectual de algunos pensadores mexicanos que, tras la Revolución, iniciaron la búsqueda de alternativas a una caduca historiografía incapaz de abandonar las viejas disputas decimonónicas entre liberales y conservadores [p. 49].

Me pregunto si a través de la lente historicista pueden encontrarse los ci-mientos o dilemas del existencialismo, pues sin duda encontramos en Ortega algunas de estas máximas: un concepto particular de la libertad, de la acción y de la responsabilidad individual. Es precisamente una exponente del existencialismo, Simone de Beauvoir, en su libro *Tous les hommes sont mortels* (1946), quien habla de forma alegórica sobre el viejo sueño de la inmortalidad para dilucidar la parte intrínseca representada por la muerte en nuestro destino. Volvemos a la inmortalidad, ese concepto que el propio Ortega y Medina sacaba a colación cuando hurtaba a Gracián sus palabras para buscar la explicación del ser hispánico.

Con su estudio, Cristina González nos hace asequible a un hombre que por su misma humanidad no podía, aunque así lo deseáramos, vivir para siempre y perdurar físicamente.

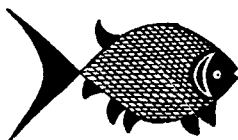
“Ortega divulgó más sus ideas por medio de la cátedra que de sus libros” (p. 176), nos dice también la autora. Según apunta ella, y con razón, para decenas de generaciones de estudiantes de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, las ideas de Ortega y Medina, escuchadas en el aula, se convirtieron en su propio bagaje. Mas aquel hombre que tantas veces transitó por los pasillos de la facultad se ha ido. Gracias al trabajo que hoy presentamos, *Juan A. Ortega y Medina entre Andrenios y Robinsones*, este extraordinario historiador se vuelve imperecedero, pero por su obra, una de las razones por las que trasciende una persona notable, según lo apuntaba la propia Simone de Beauvoir.

Inevitablemente podemos pensar que el individuo en cuanto existencia ha de elucidarse desde sí mismo en su situación histórica, única e irrepetible. Algunos seres pasan ante nosotros sin revelarse; otros, en cambio, amalgaman su destino con el nuestro y, al desarrollar su propia vida, vierten un influjo de su espíritu a los seres que los circundan. Para quien no conoció a Ortega y Medina, el libro lo

presenta en su cabal dimensión: la del ser bueno, digno, moral, honrado, honesto, generoso, entregado a su trabajo y a sus alumnos y comprometido con una investigación seria y profesional, apasionada y vital. El historiador debe ser consciente de su subjetividad y del compromiso vital con sus ideales de todo tipo. Quienes tuvimos la gran fortuna de conocerlo ¡cuántas cosas podríamos decir de una figura noble y grande! Me prometí a mí misma para el día de hoy no excederme en adjetivaciones, aunque, hay que decirlo, el panegírico es casi de rigor.

La exploración de la intimidad es una tarea difícil. Cristina: nadie hubiera escrito mejor una obra sobre Ortega y Medina. Conociste bien al hombre... conoces bien su legado intelectual.

Desentrañar en todas sus consecuencias este libro es, como dije y reitero, labor y necesidad de cada lector. Yo alabo del estudio la absoluta libertad del corazón, del espíritu y del trabajo de la autora en su quehacer intelectual. Ha sido un honor para mí reseñar este hermoso y documentado libro de Cristina González, una generosa voz que enseña cómo vivió un hombre y, sobre todo, cómo sintió su vida y plasmó su experiencia en una obra escrita que está enmarcada en una situación temporal específica, de gran riqueza para la historiografía mexicana. □





Silvestre Villegas Revueltas, *Deuda y diplomacia. La relación México-Gran Bretaña, 1824-1884*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2005, 281 p. (Serie Historia Moderna y Contemporánea 42).

Este trabajo examina de qué manera, desde 1824, los problemas internos de México determinaron el proceso del servicio de la deuda de México que la República tenía con los acreedores británicos. Asimismo considera, a partir de la segunda mitad de los años sesenta, la traslación en la naturaleza de aquellos intereses económicos extranjeros en México, particularmente los involucrados en proyectos de infraestructura más que aquellos relativos a los tenedores de bonos de la deuda mexicana. Entre 1824 y 1884 se toman en cuenta dos rupturas en las relaciones diplomáticas entre ambos países, la primera llevada a cabo por Gran Bretaña en 1861 y la segunda por México en 1867.



De normas y transgresiones. *Enfermedad y crimen en América Latina (1850-1950)*, edición de Claudia Agostoni y Elisa Speckman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2005, 388 p. (Serie Historia Moderna y Contemporánea 43).

Este volumen contiene diversos trabajos de especialistas, mexicanos y extranjeros, en historia cultural, social, política e institucional de la salud física y moral que tratan la salud y el orden público, la enfermedad y la transgresión durante el periodo 1850-1950. Dividido en dos secciones, los estudios incluidos en la primera, *Discursos y prácticas médicas*, son: Relaciones peligrosas: sobre bocio, cretinismo e inferioridad (Argentina, 1870-1920), *María Silvia Di Liscia*; Reproducción y muerte de la población mexicana: cálculos estadísticos y preceptos higiénicos a fines del siglo diecinueve, *Laura Cházaro*; Médicos y pedagogos frente a la degeneración racial: la niñez en la ciudad de México, 1876-1911, *Alberto del Castillo Troncoso*; El poder público municipal y la cuestión de la salud de los trabajadores. Rosario, Argentina, 1887-1927, *Agustina Prieto*; Salud pública, endemias rurales y la construcción de la

nacionalidad (Brasil, 1910-1920), *Gilberto Hochman*; y Los infinitamente pequeños: debates y conflictos en torno a la bacteriología (ciudad de México, siglos XIX a XX), *Claudia Agostoni*.

La segunda sección, *Discurso sobre criminalidad, violencia y práctica judicial*, incluye: El Juzgado Conciliador en la transición jurídica. Huixquilucan (Estado de México), siglo XIX, *Daniela Marino*; Infancia es destino. Menores delincuentes en la ciudad de México (1884-1910), *Elisa Speckman Guerra*; De otarios y timadores: guión para una estafa y crítica de la moralidad callejera en la ciudad de México a fines del Porfiriato, *Pablo Piccato*; La violencia contra la mujer y la subjetividad masculina en la prensa popular de la ciudad de México, *Robert Buffington*; Violencia honorable y crímenes populares: ideas, experiencias y justicia del Estado en Buenos Aires (1870-1920), *Sandra Gayol*; y Locura y criminalidad: degeneraciones e higiene mental en México posrevolucionario, 1920-1940, *Beatriz Urías Horcasitas*.

María del Carmen Vázquez Mantecón, *Los días de Josepha Ordóñez*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2005, 248 p., ils. (Serie Historia Novohispana 74).

Por medio de la biografía de esta "cómica" —actriz diríamos hoy— que llegó de la península para trabajar en la Nueva España, donde logró fama y fortuna pero luego entró en graves conflictos judiciales con su marido, con las autoridades civiles y religiosas, con amigos y cortejantes, la autora hace una historia de la cotidianidad novohispana a fines del siglo XVIII. Partiendo de las aventuras y desventuras de Josepha Ordóñez se analiza el comportamiento de diferentes esferas sociales y sale a relucir el distinto concepto de moral, la corrupción, el lujo, las relaciones matrimoniales y los cortejos galantes ante el rígido marco de los deberes sociales, políticos y religiosos. La obra está estructurada en tres partes: la primera es una biografía del personaje central, la segunda contiene siete temas referentes al entorno social del imperio español y la Nueva España de aquella época y la tercera es la sección de apéndices con datos personales y familiares de Josepha Ordóñez. También se incluye un glosario y los índices onomástico y de imágenes.





Escribir la historia en el siglo XX. Treinta lecturas, edición de Evelia Trejo y Álvaro Matute, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2005, 592 p. (Serie Teoría e Historia de la Historiografía 3).

En este volumen se ha reunido el análisis de treinta trabajos que representan seis décadas de diálogo con la historia-pasado y con la historia-escritura.

Primera parte. Usar la palabra para construir el orden: La raza como explicación histórica, Álvaro Matute; El noreste fronterizo de México en la época colonial, Patricia Osante; Historia y vida en una obra de José C.

Valadés, Enrique Plasencia de la Parra; La defensa de indios de un procurador académico. Raíz y razón del zapatismo, Felipe Arturo Ávila Espinosa; Historiar el pensamiento: Leopoldo Zea y las circunstancias de la filosofía, Lucrecia Infante Vargas; Liberalismo y civilización en la historia de la colonización española, Roberto Fernández Castro; Arte precolombino: entre la belleza y la monstruosidad, Claudia Ovando Shelley; ...un sentido asaz bárbaro: Justino Fernández y los estratos del nacionalismo mexicano, Renato González Mello; Historiando con acierto el pensamiento y las instituciones novohispanas, María Teresa Álvarez Icaza Longoria; Hacia una poética de la historiografía náhuatl, María Luisa Flores; Por caminos desacostumbrados: El proceso ideológico de la revolución de independencia, María José Garrido Asperó; Un epitafio singular y un sentido reconocimiento, Evelia Trejo y Leonardo Lomelí Vanegas; La filosofía náhuatl y el proceso de interlocución, Juan Manuel Romero García; Entre la historia y la acción, Laura Angélica Moya López; y La ruta de la invención: el jardín de los senderos que se bifurcan, Rodrigo Díaz Maldonado.

Segunda parte. Romper el orden para dar la palabra: Fruto de una tradición, María Eugenia Arias Gómez; La estructura agraria novohispana tras el lente de la historia económica cuantitativa, Marialba Pastor; Historia patria e identidad nacional: un estudio de la experiencia mexicana, Elisa Speckman Guerra; El proyecto histórico del México moderno. Continuidad y matices, Leonardo Lomelí Vanegas; La inquietante originalidad de *La Cristiada*, Luis Romo Cedano; La historia y la antropología tras las huellas de los hombres-dioses, Federico Navarrete Linares; Los "años dorados de México" a través de un villano de bronce, Ana Cecilia Montiel Ontiveros; La historia de Estados Unidos desde México, María Cristina González Ortiz; Génesis de un proyecto historiográfico, Miguel G. Rodríguez Lozano; Un prólogo a la historia antigua de la Mixteca, Miguel Pastrana Flores; La historia de los triunfadores, Pedro Salmerón Sanginés; Curiosidades de una herencia incómoda, Natalia Cervantes Larios; Con la violencia en las entrañas. Historias chiapanecas, Salvador Rueda Smithers; Miradas ajenas, Delia Salazar Anaya; y Un académico en busca de la santidad perdida, Carmelina Molina Ortiz Monasterio. Al final se incluye una bibliografía recomendada.

Rosalba Alcaraz Cienfuegos, Cristina Carbó, Ricardo Sánchez Flores y Juan Domingo Vidargas del Moral, *Libros e historia. Catálogo comentado de las publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, 1995-2005. Adenda I*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, 244 p. (Serie Bibliográfica 17).

Esta segunda parte de *Libros e historia* incluye las obras publicadas entre 1995 y 2005. Cada ficha bibliográfica va acompañada de una reseña del contenido, para orientar al lector en su búsqueda y sus intereses. Los libros están ordenados en las series a que corresponden. Finalmente se presenta también una cronología y dos índices, uno de autores y uno de obras.



PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Estudios de Historia Novohispana, 30, julio-diciembre 2004.

¿Herejes en el claustro? Monjas ante la Inquisición novohispana del siglo XVIII, Antonio Rubial García .

"En el nombre del Señor..." Banderas rojinegras en la guerra de Independencia novohispana, 1811-1814, Moisés Guzmán Pérez

La justicia mercantil en la Casa de la Contratación de Sevilla en el siglo XVI, Marta Milagros del Vas Mingo

El surgimiento de la familia nuclear en México, Rosario Esteinou

Estrategias para el control del agua en Oaxaca colonial, Isabel Fernández Tejedo, Georgina Endfield y Sarah O'Hara



Reseñas

Roger Bartra, *Transgresión y melancolía en el México colonial* (María del Carmen Vázquez Mantecón) □

historia mexicana

Vol. LV

Julio-septiembre, 2005

Núm. 1

Artículos

- Elisa LUQUE ALCAIDE Debates doctrinales en el IV Concilio
Provincial Mexicano (1771)
- Richard J. SALVUCCI *Algunas consideraciones económicas*
(1836). Un análisis mexicano de la
depresión a principios del siglo XIX
- Cecilia A. BAUTISTA GARCÍA Hacia la romanización de la Iglesia
mexicana a fines del siglo XIX

Archivos y documentos

- Natalia FERREIRO Y Testamento del "fundador" Dr. Pedro
Nelly SIGAUT López. Documentos para la historia del
Hospital de San Juan de Dios

Historia Mexicana

Periodicidad: trimestral (4 números)

<i>País</i>	<i>Instituciones e individuos</i>	<i>Ejemplar*</i>
México	300 pesos	75 pesos
Otros países**	100 dls.	30 dls.

* Vigente o atrasado

** Debe sumar al costo de su suscripción, 20 dólares por gastos de envío

El Colegio de México, A.C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,
Col. Pedregal de Santa Teresa, C.P. 10740 México, D.F. Para mayores informes:
5449-3000, exts. 3090, 3138, 3278 y 3295. Fax: 54493083 o Correo electrónico:
emunoz@colmex.mx

La historia supone un replanteamiento sin fin del pasado, revisarlo y volver a visitarlo. La historia, en un sentido amplio, es revisionista; la historia significa enfrentarse múltiples veces a las acusaciones, vuelve una y otra vez a juzgar a las personas y los acontecimientos, sin una ley que lo impida. No hay nada nuevo en esta observación, ya que en eso consiste precisamente el pensamiento. El pasado es lo único que conocemos y todo el conocimiento humano surge de un conocimiento pasado; todo conocimiento humano supone reflexionar sobre el pasado.

JOHN LUKACS, *El Hitler de la historia. Juicio a los biógrafos de Hitler*